

LA PANDEMIA CLIMÁTICA



El Papa Francisco firmó su Carta Encíclica Laudato si sobre el 'Cuidado de la Casa Común', hace hoy cinco años; el 24 de mayo del año 2015. El título de la encíclica se refiere al cántico de las criaturas de San Francisco de Asís: "alabado seas, mi Señor, por la hermana nuestra madre tierra, la cual nos sustenta, y gobierna y produce diversos frutos con coloridas flores y hierbas".

El Papa en su extensa reflexión, comienza por recordarnos: "el daño que provocamos a causa del uso irresponsable y el abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella. Hemos crecido pensando que éramos sus propietarios y dominadores, autorizados a expoliarla...".

No cabe mayor claridad y contundencia, pero soy de la opinión que, todavía no somos muy conscientes de esta realidad. Nos sigue pareciendo que no nos afecta demasiado y, para tomar medidas eficaces y radicales hay que estar convencido de que existe un riesgo real.

Lo primero, pues, es tomar conciencia del "daño que provocamos". Según los datos del año 2016 de la Organización Mundial de la Salud (OMS), la polución que generamos, sólo en España, provoca la muerte 12.574 personas al año.

Estas muertes provienen de la alta contaminación que afectan a las infecciones respiratorias (1.138); cáncer de pulmón, tráquea y bronquios (1.212); isquemias cardíacas (5.226) y accidentes cerebrovasculares (2.841). En todo el mundo, la pérdida de esperanza de vida que sufrimos debido a la contaminación del aire es de 2,9 años.

¿Qué quiere decir todo esto? En el contexto del Covid-19, en que nos movemos ahora, tenemos que saber que la contaminación atmosférica va a seguir causando más pérdidas humanas que la pandemia que estamos padeciendo.

Que la urgencia de lo de ahora no debe ocultar la profundidad del problema global que tenemos entre manos. Quiere decir que estamos arrastrando otra clase de pandemia, la climática, y que acaso la actual, puede ayudarnos a ver más profundamente esta realidad más oculta.

La diferencia radica que en la actual pandemia observamos los efectos negativos y los aciertos o desaciertos de la gestión, en cuestión de semanas. En la climática, en cambio, tardamos unos 25 años en ver el efecto, para bien o para mal, de lo que hoy estamos haciendo. Y lo que hoy estamos viviendo tiene su origen en lo que hicimos hace un cuarto de siglo.

Nos preocupa que algún familiar o amiga/o pueda fallecer por el virus en los próximos meses. Pero no nos preocupa, ni ocupa, que vayan a perecer o sufrir problemas graves de salud por el cambio climático.

El Papa insiste desde la introducción de la encíclica, en lo que sigue: “la violencia que hay en el corazón humano... también se manifiesta en los síntomas de enfermedad que advertimos en el suelo, en el agua, en el aire y en los seres vivientes. Por eso, entre los pobres más abandonados y maltratados, está nuestra oprimida y devastada tierra...”.

Tenemos que escuchar, en serio, la llamada del Papa: “...unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral, pues sabemos que las cosas pueden cambiar...”; “hago una invitación urgente a un nuevo diálogo sobre el modo como estamos construyendo el futuro del planeta. Necesitamos una conversión que nos una a todos...; lamentablemente,



muchos esfuerzos para buscar soluciones concretas a la crisis ambiental suelen ser frustradas no sólo por el rechazo de los poderosos, sino también por la falta de interés de los demás... Con actitudes como la negación del problema, la indiferencia, la resignación cómoda o la confianza ciega en las soluciones técnicas. Necesitamos una solidaridad universal nueva. Todos podemos colaborar como instrumentos de Dios para el cuidado de la creación". Os invito a leer la encíclica con pausa y perspectiva de futuro.

No olvidemos que el cambio climático pone en peligro a cada ciudadana/o que habita y habitará en el futuro nuestro planeta. Es una amenaza real. Lenta sí, pero mucho más peligrosa de lo que nos imaginamos. Con el coronavirus, la naturaleza nos manda un mensaje y nos advierte que, no cuidar el planeta, significa no tener cuidado de nosotras/os mismas/os. Necesitamos un gran pacto para mejorar la salud planetaria.

Xabier Andonegi
Consiliario de Caritas Gipuzkoa